

## ANTÓN BEIRAS EN LA MEMORIA Y EN EL CORAZÓN

Manuel Sánchez Salorio

*Para Antía Cal*

Tengo para mí que entre los privilegios que me ha concedido la vida no ha sido uno de los menores el hecho de haber conocido y haber sido amigo personal de Antón Beiras. Y muy particularmente el de haber participado en aquella sucesión de aventuras y desventuras que se produjeron alrededor de la invención del si-noptóforo al que Antón bautizó con el nombre de Vigoscopio.

Xesús Alonso Montero y Alejandro Otero me invitan a colaborar en un libro en el que se historian personas, sucesos y avatares de aquel tiempo.

Mondino de Luzzi, un famoso anatomista medieval, dejó escrito que tres son las razones que mueven a un hombre a enseñar: ejercitar la inteligencia, sacar alguna cosa del olvido y complacer a los amigos. Amparado en la sabiduría de esa sentencia, acepto gustoso la invitación y me pongo a hilvanar recuerdos y reflexiones intentando cumplir al menos con la tercera de las razones tan bellamente expuestas por Mondino: la de complacer a los amigos.

Si ahora entorno los párpados, echo la vista atrás y abro la puerta a los recuerdos, lo primero que aparece es, claro está, Antón Beiras. Antón aparece como un varón fornido, incluso atlético, que no para de moverse. Que no para de moverse él mismo y, menos aún, su mirada. Aquellos ojos inquietos tras sus cristales de miope buscando siempre, incesantes, no se sabía qué. Lo recuerdo también, y sobre todo, expresando y contagiando vitalidad. Más concretamente aún: expresando esa forma especial de la vitalidad que es la energía.

Beiras era compacto, obstinado, enérgico y muy seguro de sí mismo, pero su personalidad en nada coincidía con la propia de un tipo “duro”. La solidaridad con los demás y a veces incluso una inesperada ternura le rompían el perfil.

Resulta curioso lo que nos ocurre en el trato que tenemos con los demás. En algún lugar Benedetto Croce dice que “pelma es aquel que nos quita la soledad sin darnos la compañía”. Algo parecido ocurre con la vitalidad. Hay personas que con solo saludarlas percibimos que dentro de nosotros el ánimo se nos hace más fuerte y se nos aumentan las ganas de vivir. Se nos despierta el apetito de hacer cosas importantes. Y por el contrario, hay otras que, nada más verlas, si no nos defendemos, nos invade una especie de hastío, de galbana paralizante.

Pues bien, Antón Beiras era un prototipo de esa vitalidad esforzada y contagiosa. Ese es al menos el principal atributo con el que se me aparece su figura al recuperarla ahora de esa corrosión que el tiempo, *rerum omnium rapina*, impone a la memoria de modo inexorable.

En las *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida* de Eckermann hay un momento en el que sale a escena la visita que Napoleón hizo a Goethe en Weimar. Eckermann pregunta: “¿Qué aspecto tenía?” y Goethe contesta: “Era él. Siempre se veía que era él. Eso es todo”.

Está claro que Antón Beiras no era Napoleón y todavía lo está más que el que escribe estas líneas no es Goethe. Pero, si a mí alguien me preguntase sobre el “aspecto” de Antón Beiras, yo no podría encontrar mejor respuesta que la que dio Goethe. Era él. Siempre se veía que era él. Eso es todo.

\* \* \*

Conocí a Antón Beiras muy en los comienzos de los años 60. Nada más hacerme cargo de la Cátedra de Oftalmología, monté

un seminario dedicado a los oftalmólogos de Galicia. El Seminario se celebraba todos los segundos jueves de cada mes —todavía sigue siendo así— y Antón fue uno de sus primeros y principales colaboradores. En el año 63 organizamos conjuntamente el Congreso de la Sociedad Española de Oftalmología en A Toxa. La empatía inicial se fue transformando en algo más rico y más complejo, en amistad. Y en ese ámbito fue donde descubrí —y casi entendí— una de sus fuentes de energía: su galleguismo.

Antón fue el primer galleguista optimista que yo conocí. Después supe que había sufrido persecución y condena, pero nunca, al menos en el trato conmigo, su discurso fue el del victimismo o el de la queja. Un día me regaló un ejemplar de la

primera edición de *Sempre en Galiza*. Ahora mismo, al recordarlo, me levanto, dejo la mesa sobre la que estoy escribiendo y rebusco en los anaqueles de la biblioteca. Aquí está: *Sempre en Galiza*. Edicións As Burgas, Buenos Aires, 1944. Leo la dedicatoria: “A M.S.S. nestes días de Alborada dos pobos do mundo. Fraternalmente” (13-IV-63).

Ese era Antón Beiras y esa era una de las fuentes de su energía: la fe y la esperanza en la Alborada.

Aunque solo fuese por eso —porque ¡hace ahora cuarenta y cinco años! me hizo el regalo de haber podido conocer todo lo que *Sempre en Galiza* significa y representa— yo nunca podré dejar de llevar a Antón Beiras en la memoria y en el corazón.